

MADRID LITERARIO.

PERIÓDICO SEMANAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID, un mes.	Un real.
PROVINCIA, trimestre adelantado.	5
EXTRANJERO Y ULTRAMAR, semestre.	40

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Lavapiés, número 11.

SUSCRICION Y VENTA.

Un número, DOS CUARTOS.—Números atrasados, UN REAL.
Se suscribe en la Administracion.
Anuncios, á precios convencionales.

COLABORADORES.

Aguilera..... D. Alberto	Castelar..... D. Emilio	Gutiérrez Abascal... D. José	Navarro y Calvo... D. Luis	Ramos Carrion..... D. Miguel
Avila y Alarcon... José	Curros..... Manuel	Hartzenbuch..... Juan Eugenio	Pascual..... Agustín	Sanchez Perez..... Antonio
Aguirre..... Joaquin	Canalejas..... Francisco de Paula	Malafra..... Adolfo	Pérez Echevarria... Francisco	Sanchez Ramon..... Antonio
Alarcon..... Pedro A. de	Campo-Arana..... José	Mellado..... Andrés	Pacheco..... Francisco de Asis	Soriano de Castro... José
B. Quintan..... Eduardo	Carrillo de Albornoz... Leopoldo	Eusebio..... Miguel	R. de Chaves..... Angel	Sepulveda..... Ricardo
Balart..... Federico	Campoamor..... Ramon	Morayta..... Miguel	Ruigomez..... Andrés	Tejeda..... Ezequiel
Balaguer..... Victor	Escosura..... Patricio de la	Moran..... Valentin	Ramsault..... El Conde Carlos de	Villaverde..... Enrique
Coello..... Carlos	Figueroa de la Costa.. Santiago	Neira..... Angel	Retes..... Francisco Luis de	Valera..... Juan

En el próximo número publicaremos algún escrito del insigne maestro D. Juan Eugenio Hartzenbuch.

En lo sucesivo aparecerán otras de nuestros colaboradores.

NICOLÁS MAQUIAVELO.

APUNTES PARA UN ESTUDIO HISTÓRICO.

(Continuación.)

VII.

¿Y qué diremos de la distinción que establece Maquiavelo entre la habilidad bien y mal empleada? ¿Ha constituido diferencia de apreciación moral, en siglo alguno, la habilidad erigida en absoluto sistema de gobierno? ¿Ha habido época alguna de la historia en que se considerase el intento tan solo por su eficacia?

Nunca: la verdad y la moral no conocen épocas. Se apreciarán, más ó menos bien, las aplicaciones de la virtud, pero no se aplaudieron, ni se aplaudirán jamás equitativamente los intentos, las ideas y los actos criminales.

Corrupcion habia en Egipto, cuando la voz augusta y solemne de los profetas estremecía aquella Tierra Santa; la tierra de redención de la humanidad; corrupcion habia en Grecia, cuando Sócrates moria por no doblar la cerviz y ante el error; corrupcion habia en Roma, cuando Bruto moria por una libertad quimérica; corrupcion en el mundo antiguo, cuando los mártires cristianos eran pasto de las fieras y objeto su suplicio de recreo para las muchedumbres envilecidas por el poder pretoriano; corrupcion cuando Virgilio presentia la encarnación de la libertad moral en los pueblos; corrupcion cuando Savonarola fué conducido al suplicio, y siempre que hubo corrupcion descollaron las almas grandes por sus virtudes.

Maquiavelo no pertenecía al número de estas: su inmoralidad privada, su servilismo, su carácter adulador, sus mezquinos sentimientos, sus complacencias con los tiranos victoriosos y con las muchedumbres soberanas, prueban de un modo elocuente que allí donde se nos quiso presentar un hombre eminente solo existe una medianía corruptora y corrompida medianía que ha pasado á la posteridad por ir su nombre unido á la repugnante crónica de los crímenes y de los escándalos de una época notable.

No se le puede disculpar por los crímenes de su época, pues en su época no se desconocía la virtud, y los mismos que le defendían, á admitir las consecuencias de tan peligrosa defensa; se verían precisados á absolver á los Borgias, á no execrar á los Médicis, á ensalzar la política astuta de Fernando V y á no considerar responsables de sus crímenes á los verdugos y tiranos del crepúsculo vespertino de la Edad Media.

VIII.

No: Alejandro VI, que mancilló la santidad del Vaticano, aquella hidra de codicia y sensualidad, aquella voluntad que se traducía en las venganzas de su puñal insaciable, aquel pontífice que hirió de muerte la unidad católica, que

pisoteó el Evangelio, que tuvo la audacia sacrilega y supersticiosa de llevar la Santa Forma á todos los festines, al lecho del placer, á la mesa de la orgía para que le defendiese de sus constantes enemigos; aquella infame y criminal Lucrecia, cuyos vicios y cuyos escándalos no pueden espresarse en el humano idioma, esposa adúltera y homicida, hermana incestuosa; aquel César Borgia que no perdonó ni á su propio hermano; aquella teocracia que no alzó su voz contra crímenes tan grandes, y se hizo cómplice por el consentimiento y por la acción de los escándalos del papado; aquel Julio II que arrastró la tiara por el lodo sangriento de los campos de batalla; aquellos políticos sin fe y sin pudor, que en España daban las cadenas y el calabozo por premio al descubridor de un nuevo mundo, y encerraban en las prisiones á los patricios más honrados; que en Francia erigían la venganza inútil por código de gobierno y que en Italia embrutecían y aprisionaban á la plebe y menospreciaban los cantos de sus bardos inmortales; serán eternamente condenados por la Historia, que no hay sofisma para defender el crimen, ni la humanidad puede envilecerse hasta el extremo de olvidar por completo la idea de la virtud y menospreciar á los apóstoles de la verdad y de la justicia.

La época en que Savonarola con su elocuencia profética y gigante anatematizó los crímenes del Vaticano, los vicios de la plebe y los hábitos inmorales de los gobernantes, no desconocía sus propios vicios, y Maquiavelo, que tuvo la audacia de defenderlos y admirarlos, no merece disculpa por sus sofismas y sus bárbaros errores.

El que habia estudiado la historia del pueblo romano no podía, á no ser un pensador frívolo, desconocer la excelencia de la justicia, la superioridad de la magnanimidad sobre la codicia y la astucia.

Maquiavelo es responsable de sus ideas y sobre su conciencia sombría, sobre su yerto corazón pesarán eternamente las maldiciones de todos los pueblos oprimidos y la execración justísima de la Historia.

(Concluirá.)

LA MUSICA.

APUNTES.

La música, como todos sabemos, es el arte de conmover. Algunos, sin embargo, no lo aprecian así, y sostienen que sólo es un arte que sirve para armonizar diversos sonidos: para mí son dignos de lástima los que juzgan de tan errónea manera, y á ellos dedico estas líneas. Ninguna razón fundada pueden alegar para sostener su falsa teoría, y el único argumento que poseen, es que á ellos no les conmueve....

La música, reina y señora del universo entero, se halla en todas partes á semejanza de Dios. En la campiña; en la ciudad; en la choza; en el palacio; en el templo; en el festín, y en el entierro. Todo acontecimiento requiere música, y el mundo así lo reconoce. ¿Quién, pues, será el temerario que ose levantarse ante la sociedad entera para arrancarla una pasión tan arraigada y legítima? Los que no gozan al oír música, deberían abstenerse de decir que no les conmueve,

cual el ciego de nacimiento que duda de las bellezas de la naturaleza por que él lo que distingue son horribles tinieblas. Ninguno de los dos puede juzgar, lo que por desgracia suya, no alcanza.

Traduciéndolo del alemán, de la *Teoría de la música* (*Theorie der musik*) de Krause, un conocido y notable autor, dice en una obra que acaba de publicar:

«Es la música el bello arte que expresa la belleza interior de la vida del ánimo en el mundo de los sonidos. Y pues que el sonido es esencial manifestación de la vida toda del sentimiento, así de la del cuerpo como de la del espíritu, pudiendo esta vida ser informada poéticamente mediante la libertad del espíritu y por ministerio de la fantasía en la bella vitalidad de los tonos; y pues la vida del ánimo humano se corresponde y concuerda con la de la Naturaleza, asemejándose por esto, en sus límites, á la divina, debe considerarse á la música, en cuanto comprende la expresión de la vida entera de todos los seres, como un arte verdaderamente humano-divino.»

Para los primitivos pueblos civilizados la palabra música tenia estensa acepción. Ellos, hallando la etimología de la voz música en la de musa, la aplicaban, no tan solo al arte de los sonidos sino igualmente á la poesía, á la elocuencia, á la mímica, y en resumen á todas las ciencias y artes que las musas presiden, exceptuando las ciencias exactas.

El célebre filósofo Pitágoras ha dicho que la música es uno de los medios más eficaces para purificar el alma. Peaton, su discípulo Aristóteles y otros muchos, llegan hasta considerarla como excelente sistema de educación para el hombre, á quien predispone al bien.

Yó, espiritualista entusiasta, creo que la música es el arte que más poderosamente puede neutralizar los estragos que la escuela materialista produce en sus partidarios, y por consiguiente creo que este sublime arte quizá sea el único que haya podido volver á la vida del sentimiento, algunos de esos corazones disecados por el materialismo, corruptor de esta época.

Para demostrar lo que antecede voy á citar algunos ejemplos. Varios de ellos se me podría decir, que en vez de manifestar que la música influye en el hombre para inducirlo al bien, prueban lo contrario; pero para rebatir en absoluto tal refutación solo necesito sentar, que existen temperamentos excepcionales ó calenturientos imaginaciones, para las cuales una impresion cualquiera es de funestos resultados: y no porque la impresion en sí sea mala, sino porque la persona que se halla en estas condiciones de sobreexcitación, se encuentra sumamente predispuesta al arrebató, impremeditación, extravío, ó locura.

Primer ejemplo: la música induce al bien.

Dos amigos se hallan desesperados: á el uno la mujer á quien ama ha dado un horrible desengaño, al despreciar su verdadero cariño por el de un hombre que posee mayor fortuna, y se la ha ofrecido con su mano. A el otro el juego le ha conducido al último límite, y en el tapete

verde acaba de perder la fortuna de su familia. Los dos se encuentran en deplorable situación, y cuando se han comunicado recíprocamente sus penas, idean pasar la noche en crapulosa orgía para distraerse por medio de la embriaguez de la pesadumbre que los domina. Aunque rápidamente cruza por su imaginación la idea de que si realizan el plan que han formado, tendria aumento el disgusto que van á sentir las personas queridas de su corazón que quizá los aguardan impacientemente, este pensamiento bueno desaparece enseguida ante la perspectiva del momentáneo placer.

Decididos á llevar á cabo su propósito se encaminan antes á la Ópera para distraer el tiempo hasta las doce, que es la hora más aceptada para el comienzo de una orgía.

Cuando empiezan á escuchar la música, los dos, sin darse cuenta del por qué, se encuentran abstraídos en buenas ideas. Al trascurrir una hora su manera de pensar ha variado, y el poderoso influjo de la música ha hecho que consideren friamente sus locos proyectos y los desechen, comprendiendo que solo servirán á aumentar lo triste de su situación ocasionándoles mayores dolores; y al salir del teatro se separan y el primero espera que la mujer á quien adora va á compadecerse de su pena si lo vé triste, y le devolverá el amor que tanto anhela, no habiéndose hecho indigno de él por su conducta; y el segundo resignado con su ruina forma el propósito de trabajar para ganar otra fortuna á su familia en vez de proporcionarla nuevos disgustos. Y estos dos hombres, por la música han disistido de su su propósito escandaloso, dando el primer paso en el buen camino.

Acaso creais exagerado cuanto he referido; pero buscad en vuestra memoria, que, seguro estoy, alguna vez habreis presenciado casos análogos.

Segundo ejemplo: Inmenso poder de la música.

Un joven llamado Flaviart, dominado por la impresion que le produce *La Africana*, no puede soportar la idea de volver al mundo real y prosaico despues de haberse hallado oyendo la ópera, en el paraíso que ha formado su ilusión, y luego que escucha algunas veces aquella música, que le extasia cree haber alcanzado el *summum* de su dicha en la tierra, y pone fin á su vida á la salida del teatro.

El soldado que se resiste á atacar al enemigo por temor á la muerte, escucha los belicosos sonidos de un himno ó marcha, y el pánico que lo domina desaparece como por encanto y aquel hombre se transforma y realiza las más valerosas y heroicas empresas. ¿Qué otra cosa podría influir en él hasta este extremo no siendo la música? Los que no creen en su influencia que me expliquen este cambio del soldado operado en un instante.

Muchos hombres existen que en cuantos minutos ó revoluciones políticas hay en España toman una parte muy activa, y sin embargo, nada obtienen despues del triunfo, ni nada ambicionan á pesar de que arriesgan su vida casi siempre y el bienestar de su familia. ¿Cuál es en

tonces el móvil que los impulsa? Los acordes de la marcha real ó de la Marsellesa que los atrae y los hace gritar igualmente con espontáneo entusiasmo: ¡Viva! ó ¡muera! Y no es que sean políticos, es que poseen para la música una organización extremadamente sensible.

Tercer ejemplo: Facilidad y claridad con que se expresan por medio de la música los sentimientos ó inmediata comunicación de ellos á los que la escuchan.

Un tenor, á quien todos conocemos, y muy querido del público madrileño, hace algunos años se encontraba cantando el *Guillermo*, cuando un instante antes de llegar al terceto del segundo acto le anunciaron que estaba espirando una mujer á quien amaba, y en vez de pronunciar *mai più lo rivedrò*, dijo *mai più la rivedrò* (no la veré más), y lo hizo con tal expresión de dolor, que el numeroso público se sintió fuertemente conmovido y en medio de los frenéticos aplausos que se le prodigaron, todos participaron momentáneamente del sentimiento de aquel hombre.

Otros muchísimos ejemplos pueden citarse para probar el poder ó influencia de la música desde los tiempos más remotos; pero me concreto á lo referido, pues es casi imposible alcanzar de aquellas personas que juzgan los sentimientos de los demás por los suyos propios, que reconozcan lo que no sienten, aunque claramente se les haya demostrado.

El verdadero *fashionable*, ó sea el llamado así por los ingleses, —que son los primeros que han denominado con este término al hombre menos sensible á dolores y alegrías (1), —para mí es un sér despreciable. Si posible fuese, en absoluto, despojar al hombre ó á la mujer de sensibilidad ¡qué quedaría! Un maniquí despreciable. Y como consecuencia de esto, si el alma es insensible para aquello que más fácilmente conmueve, según está probado, al humano corazón, ¿qué habrá en el mundo capaz de conmovirlo?.....

Aunque la música no os impresione, absteneros de negar su poder, porque como he dicho al principio, vuestra opinión será despreciada, cual la del ciego que pretendiera juzgar los colores de la luz, que por su desgracia ni puede, ni ha podido nunca vislumbrar.

Alberto C. de Ramsaut.

EL CIGARRO.

Lío tabaco en un papel; agarro lumbré, y lo enciendo; arde, y á medida que arde, muere; muere, y en seguida tiro la punta; bártela, y... al carro!

Un alma envuelve Dios en frágil barro y la enciende en la lumbré de la vida; chupa el tiempo, y resulta en la partida un cadáver. —El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae, es su ventura: el humo que se eleva, su esperanza: lo que arderá después... su loco anhelo.

Cigarro tras cigarro el tiempo apura; colilla tras colilla al hoyo lanza; pero el aroma... piérdese en el cielo!

F. A. de Alarcón.

EL ÚLTIMO BESO.

Epílogo de una historia de que se habló mucho.

CARLOS CAMBRONERO.

Una mañana, no sé si de las últimas de otoño ó de las primeras de invierno, ello es que no quedaban ni flores en el campo ni hojas en los árboles, y que á los resplandores de Febo habían sustituido, con bastante placer de las consumidoras de Crema oriza y agua Ninon-Lenclos, las bugias de los salones y el gas de los espectáculos. Una de esas mañanas que siguen al día de difuntos, y que son tristes como esperanza perdida y frías como sonrisa de vieja, sonaban con desacombrada algazara las cascadas campanas del convento de C., destartado y vetusto edificio, de altas, sucias y desnudas paredes, sin

más adorno que desiguales ventanas de espesas rejas y triples celosías, que pudiera muy bien pasar por cárcel de villa si un modesto campanario y la puntiaguda cabeza de dos cipreses que asomados al extremo de las tapias de la huerta han sido mudos testigos de cuanto del antiguo Madrid nos cuenta Mesonero Romanos, no le diesen á conocer como convento.

Sirve este edificio de refugio á unas cuantas religiosas que observan la regla más rigurosa que se prescribió para comunidades monásticas.

La limosna que reciben constituye su única renta; dura tarima es su lecho; tosco sayal su vestidura, y solo legumbres su alimento.

Es preciso que se halle exaltado el espíritu por un misticismo que llegue á la locura, ó turbada la conciencia por una falta que toque en los lindes del crimen, para que una mujer desee buscar el camino de la perfección ó del olvido en la severa inflexibilidad de esa regla.

Y en honor de la verdad, esa exaltación mística y ese crimen que no castiga el Código, no son cosas extrañas en la mujer, y si yo siguiese á una ilustre escritora en el paralelo que hizo de Santa Teresa y de Saffo, si comentase la profunda frase del célebre corregidor de Quevedo, ó diese cuenta de la causa del último suicidio, de la bancarrota de que acaban de referir los periódicos, ó de por qué ha llegado la miseria á unos hogares, la tristeza á otros y la deshonra á muchos, pudiera, quizá, probar mi aserto.

Pero no es esto de lo que se trata; se trata de que la regla del convento de C. es severísima. Cuántas veces al escuchar á la elevada hora de la noche la campana que llama á maitines me acordaba por antítesis de todas esas delicadas niñas que enseñan sus hombros y sus brazos desnudos en el baile, su talle hechicero ceñido por seda cortada por Besaroni ó Isolina, y su pie enano calzado por Diaz ó Cayattí, en el paseo de ese coro de ángeles que constituye el mayor atractivo de los primeros turnos, ese día de gala con uniforme del pequeño ejército de las mujeres bonitas, y me estremecía al considerar qué sería de ellas si tuvieran que levantarse, á coro en vez de soñar dulcemente, ó que murmurar rezos en latín en vez de esas palabras de amor que enloquecen. Mejor estaría encerrada en oscuro calabozo la flor que recibía besos del sol y caricias del aura... Mejor... Pero no es de esto tampoco de lo que se trata.

Se trata de que la fiesta que anunciaban las campanas de lugar transcurrió como el convento de C., excitó mi curiosidad y penetré en la iglesia.

Suelen ser por regla general las capillas de monjas risueños templos con los altares cubiertos de blancas telas con primorosos bordados, encañonadas plantas y pintorescos lazos. Abundan en ellos las flores y los Niños Jesús vestidos de raso y adornados con lentejuelas como comparsas de baile de espectáculo. Pero el convento de C. es excepción de esta regla.

No se ve entre sus imágenes la Virgen en sus sublimes invocaciones de la Concepción ó de la Esperanza, sino en los trances amargos del dolor. Severos crucifijos, tristes Dolores, San Francisco muerto en la estera, la Magdalena en su penitencia. Tales son las imágenes que allí se adoran.

Allí no sonríe benigna la misericordia, impone terrible la justicia. Debajo de aquellas bóvedas sonarían mal los ecos laudatorios del *Te Deum*, parece que solo pueden repetir los terribles apóstrofes del *Dies iræ*, ó las súplicas tristes de *De profundis*.

El coro de las monjas, separado de la iglesia por triples rejas de espesos hierros, tenía decorada la cortina de sarga negra que de ordinario se ocultaba á las miradas de los fieles y dejaba ver su sillería de oscura madera.

En medio del coro había tendido un paño negro, y algunas religiosas, semejantes á espectros, pasaban de un lado á otro poniendo en orden algunas cosas.

Por la parte de afuera el sacristán impregnaba de aceite, que con una pluma tomaba de la lámpara que alumbraba un cuadro de ánimas, las mohosas visagras de la puerta seglar, situada á la derecha del coro.

—¿Qué hay hoy aquí?—pregunté al dependiente de la iglesia.

—Una profesión,—me contestó secamente continuando su faena.

Yo sentí despertarse en mí una gran curiosidad.

—¿Quién será, pensaba, la que abandona el mundo, la luz, la vida, para encerrarse en esa tumba?

El ruido de un carruaje que se detuvo á la puerta hizo dirigir mis miradas y mis pasos hacia aquel sitio.

Al lado de la cancela estaban ya el capellán de las monjas y el sacristán.

En la iglesia solo había unas cuantas beatas.

El capellán levantó el viejo y mugriento portier, y con su mano seca y descarnada ofreció agua bendita á dos mujeres que aparecieron.

Era imposible verlas bien á la incierta claridad que allí reinaba. Era la una alta, esbelta, arrogante, y exhalaba ese embriagador perfume que se desprende siempre de una mujer hermosa cuando se perfuma.

Una ancha y amplísima capa negra con pieles grises, de esas en que se envuelven nuestras bellas á la salida de los bailes y en el vestíbulo del Real, caía de sus hombros hasta ocultar su vestido, y su cabeza parecía velada entre pliegues de encaje negro.

La otra, bajita, gruesa, de movimientos ligeros como la ardilla, de fisonomía expresiva, la conocí en cuanto pasó cerca de la luz. Era la generala H., muy conocida en Madrid, mujer que no faltaba en ningún salón, en ningún primer turno, habladora sempiterna, marmuradora terrible, y acompañante perpétua de notabilidades femeninas.

Andaba por la iglesia con la timidez que acusa falta de costumbre, giraba á todos lados sus vivarachos ojos grises, y debía pasarla algo extraordinario, porque no llevaba en sus mejillas el color que nunca la abandonaba, y mechones de canas sucias caían sobre su frente.

No se me ocurrió ni por un momento la idea de que fuese á profesar la generala, y me fijé desde luego en su compañera, que en aquel momento, precedida del cura, penetraba en la sacristía.

La presencia de la generala me hizo recordar una historia terrible, historia de que era protagonista la mujer más aristocrática, más hermosa de Madrid, la condesa de T.

Esta mujer había sido durante algunos años la que los reviseros llaman el astro de la corte. Su reputación había sido, por mucho tiempo, intachable en esta gran aldea donde una mujer hermosa, noble y rica no puede distinguir algún amigo sin que el vulgo le convierta en amante, y donde no puede salir por la mañana con manto, discretamente y sola, sin que sea su ruta el camino del adulterio.

Ni la fatuidad de algún necio favorecido, ni el despecho de algún conquistador desahuciado, esos dos constantes peligros que rodean á toda mujer de viso, y son origen de murmuración y fuente inagotable de calumnia, habían atacado á la condesa de T.

De pronto, un día se contó una historia horrible: el cadáver del conde fue hallado en el bajor de la condesa. Un hombre, en brazos de esta, y las palabras asesinato, adulterio y robo se mezclaron con el nombre ilustre que la de T. llevaba.

La justicia intervino, el escándalo se cebó con gusto en una víctima que llegó hasta el púrpura: algunos periódicos de oposición, declamaron contra la desigual con que Themis usa su balanza para los poderosos y para los pobres.

Después... después desapareció la condesa, hubo un suicidio en el presidio de Burgos, y después, el olvido... nada.

Yo recordaba en confuso tropel todos estos incidentes, mientras impulsado por un sentimiento de curiosidad superior á la prudencia, me acercaba á la sacristía.

Allí reconocí á la heroína de la siniestra aventura; continuaba envuelta en su abrigo de pieles, y estaba más hermosa que nunca: sus ojos, rodeados de un estenso círculo amoratado; sus mejillas, infinitamente pálidas, la daban un aspecto indescriptible, sus labios, aquel nido de besos, aquel talisman que había llevado la felicidad en todo lo que había sonreído; sus labios conservaban la voluptuosidad encantadora que habían tenido siempre.

Cuando yo pude escuchar, oí la voz pausada y grave del sacerdote.

—Aún es tiempo, señora—decía, cuando hayáis atravesado el dintel de la puerta reglar; ya será tarde. Bien sabéis que nuestros estatutos no admiten el noviciado, y que hoy fijáis definitivamente vuestra suerte.

—Sí, padre mío,—respondió con impaciencia la condesa,—lo sé, lo sé todo; se también que vuestra regla es la más severa de las que existen, y por eso la he adoptado, soy libre, completamente

te libre,—continuó con un acento imponente—y procedo, según mi espontánea voluntad. ¿Los ejercicios preliminares que me habeis impuesto os han dejado alguna duda respecto á mi irrevocable resolución? Me habeis dicho que hay que firmar un acta; traedla, pronto traedla y concluyamos.

El sacerdote se dirigió al torno que estaba en un ángulo de la sacristía, tocó en la madera con los nudillos, y el torno giró, volviendo á salir con un papel escrito y un tintero.

Tomó el recado de escribir, lo puso sobre la mesa, y con voz solemne leyó en el acta el resumen de los compromisos que la que le firmaba se imponía.

La condesa oyó la lectura sin pestañear, la generala moviéndose, balbuceando palabras, y haciendo gestos de horror cuando se narraban las privaciones que imponían aquella regla.

Concluida la lectura—¿insistís?—preguntó el sacerdote. Por toda contestación la condesa tomó la pluma.

La generala se abalanzó á ella.

—¿Por Dios!—exclamó,—retroceded, aún es tiempo.

—Dejadme, señora,—contestó la interpelada,—y si no teneis serenidad, nada os obliga á deteneros.

Y con mano segura y firme, puso su nombre en el papel.

El sacerdote le colocó en el torno.

Al cabo de algunos momentos una voz invisible, gangosa y severa, exclamó:

—¡Está en regla!

La condesa dejó ver una sonrisa de satisfacción, la generala se volvió asustada hacia el torno donde la voz había sonado.

—Cumplase vuestra voluntad, Dios mío—rezó el sacerdote, y comenzó á revestirse.

En aquel momento sonó en el coro de las monjas el órgano.

La condesa dejó caer sobre un banco su capa de pieles, quitó de su cabeza el encaje negro que la cubría, y apareció radiante, deslumbradora, hermosa.

Sin duda al separarse del mundo habría querido usar por última vez todos los recursos de la coquetería, todas las galas del lujo. La coronación de gruesas perlas y espléndidos brillantes ceñía su cabeza, caían en bucles sobre sus hombros sus cabellos; una falda de ese medio color indefinible que solo saben elegir las mujeres de gusto la envolvía, adornada con bullones de encaje y lazos de pedrería.

Así, altiva, sonriente, había atravesado los salones rodeada de numerosa corte de adoradores. El capellán la miraba extasiado, el sacristán suspendido admirando sus faenas, y la misma generala no pudo evitar un grito de sorpresa.

La condesa recibió con una sonrisa indescriptible estas muestras del efecto que producía su hermosura.

Cuando salió á la iglesia, cesaron como por encanto las asmáticas toses de las viejas devotas que se reunieron en grupos para comentar aquel suceso.

Las monjas se agolpaban también á las macizas rejas del coro, que aquellos espectros podían haber perdido todas las ilusiones y todas las esperanzas del mundo; pero conservaban el sentimiento de curiosidad, inextinguible en la mujer.

Yo no sé lo que duró la ceremonia, ni lo que leyó en un viejo misal el cura. Yo solo veía á la condesa arrodillada á un lado del altar mayor, calla y no podía separar mis ojos de su figura, ni mi pensamiento de aquella lúgubre historia que había circulado y que parecía confirmar la resolución adoptada.

Cuando el cura concluyó las oraciones, cogió de la mano á la condesa, que llevaba en la suya un cirio, y precedidos del sacristán que enarbola una cruz, llegaron á la puerta seglar, á la que con los brazos de la cruz llamó el sacristán tres veces.

No sé qué palabras de ritual se cambiaron desde dentro afuera; por fin se descorrieron cerrojos, sonaron cadenas, rechinaron cerraduras, gimieron goznes, y la maciza puerta giró lentamente, dejando abierto un espacio oscuro, donde solo faltaba el *Lasciate ogni speranza*, para crearle la entrada del Averno.

Detrás de aquella puerta aparecieron en dos filas las monjas, cubierto el rostro con espesos velos. Todas llevaban amarillos cirios en las manos, dos manos, dos tenían una cesta con un hábito extendido, y en el centro la que debía ser la superiora tenía entre sus manos una descarnada y amarillenta calavera.

(1) Apreciación bien diferente de la que hacemos en España del *fashionable*, que suponemos sea el que reúne cualidades de extraordinaria distinción.

Rudo era el contraste que formaba con aquel lúgubre cuadro las galas de la novicia.

En cuanto la puerta se abrió, esta quiso precipitarse dentro; la abadesa la detuvo saliendo a su encuentro.

—Habeis firmado el acta,—dijo con voz gangosa, que las circunstancias hacían solemne,—habeis resistido las pruebas; pero aun podeis retroceder.

—No, por Dios, no, madre mía,—exclamó con impaciente y resuelto acento la condesa.

—Sea,—añadió la monja,—venid á ser nuestra hermana, y anudad estelazo, dando el ósculo de ritual en el cráneo del santo fundador de nuestra orden,—dijo presentando la horrible calavera.

Hubo algunos segundos de vacilación en la condesa, y luego, con un movimiento convulsivo, cogió el descarnado cráneo, y allí, en aquella helada tumba de boca posó sus incitantes y voluptuosos labios.

Dos monjas la cogieron en seguida, la puerta se cerró con estrepitoso ruido parecido á un gemido de desesperación: las toses asmáticas se confundieron con un grito de la generala, y pocos momentos después la condesa, sin sus galas, con un oscuro y burdo hábito, apareció en el coro, arrodillada sobre el paño negro.

Estaba hermosa todavía, pero más pálida, y con los labios frios, secos y marchitos.

Habían muerto con su último beso.

Yo salí muy conmovido de la iglesia; pero por la noche contaba la escena de la mañana en una mesa del Suizo, entre el humo del cigarro, los rumores de política y epigramáticas interrupciones.

Cuando concluí, uno de los que escuchaban propuso el siguiente problema: «cuya solución someto como conclusión á Vds.

Si hace seiscientos años, cuando el santo fundador de la orden de C. andaba por el mundo, se hubiese encontrado á la condesa, y el beso que esta depositó en su descarnada calavera le hubiera dado en sus vivientes labios, ¿hubiera habido ni santo, ni comunidad, ni regla?

J. G. Abascal.

EL RETRATO.

BAJADA.

La tarde espiraba: un lago dormía sus lánguidas olas rizando, al besar el pie de la roca que se alza sombría, cual se alza en la dicha también un pesar.

Susurra la brisa con mágico halago, de espuma inundada se inclina la flor; su rubia cabeza también hacia el lago inclina una niña que llora á su amor.

Tan sólo un retrato que guarda en su seno dejóla el manco que amar la enseñó, que al pecho inocente á engaños ageno, le basta un recuerdo del ser que adoró.

Contempla el retrato, le acerca, le mueve, y, loca, extasiada, le quiere abrazar; pero ¡ah! que al abrirse sus brazos de nieve al lago la imagen dejó deslizar.

Con loco delirio, el cuerpo adelanta sin ver que las olas rodean sus pies; si pierde el retrato que tanto la encanta, qué amor, qué recuerdo le queda después?

Ya cubren las olas su pecho anhelante, ya llegan traidoras su cuello á ceñir; un grito se escucha sublime, triunfante, que ahogan las aguas su curso al seguir.

Si vuelvo á este valle, si miro este lago que encierra una vida de fe y de candor, su imagen risueña murmura en lo vago: «¡Feliz el que muere, si muere de amor!»

Luis Fernandez Vior.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS.

La política de capa y espada, por D. Eugenio Selles.—Establecimiento tipográfico dirigido por José Chayetano Conde.—Caños, 1. Madrid.

Días hace ya que se publicó por iniciativa individual ciertamente, que no por arrojo de ningún editor, que se van volviendo finidos y escrupulosos en demasía, la notable obra con cuyo título encabezamos la presente noticia.

Aparte del simple anuncio de decidida gaceta, no hemos leído nada que se refiera al libro del Sr. Selles, y esto tratándose de obra que me-

rece llamar la atención del público y despertar el interés de la crítica, es amarga censura hacia la indiferencia con que suelen mirarse en estos tiempos las producciones del ingenio.

Pertenece el Sr. Selles á esa brillante pléyade de escritores consagrados á las improbas tareas del periodismo, cuyas producciones, según ha dicho uno de nuestros más originales publicistas, se piensan, se escriben, se leen, y se olvidan en el breve periodo de veinticuatro horas, y algo de la lijereza propia de esos escritos, y mucho de la intención que requiere para ser notables, notase en *La política de capa y espada*, libro que demuestra gran erudición, y que se distingue por la fresca galanura de su puro y castizo estilo. ¿Tuviere en el fondo tanto acierto como en la forma, y sería obra completa!

Existen generalmente en la actualidad dos tendencias cuando se tratan puntos de pureza de costumbres, y de moralidad política. Unos enamorados apasionadamente del pasado (y quien dice apasionadamente dice con menoscabo de la fría razón y de la inflexible justicia), creen que todo lo que nos rodea es pequeño, miserable y mezquino, que no hay en la edad presente idea elevada, móvil noble ni pensamiento digno; y otros que niegan al pasado todas estas condiciones.

Los unos no ven en derredor suyo partido que no sea bandería, hombre público que no sea audaz aventurero, y llaman á voz en grito farsa y farsa indigna á cuanto sin su beneplácito ó intervención sucede.

Un libro que no hace mucho vio la luz pública, que lleva el título de *Todo el mundo*, y que se debe á la apasionada pluma de D. Santiago Liniers, es expresión fiel de esta tendencia y de estas opiniones. *La política de capa y espada* lo es, sin duda alguna, de la de los detractores del pasado.

Tuviéramos nosotros tanto ingenio, erudición tan vasta é ilustración tan profunda como la que atesora el Sr. Valera, que juzgó la obra del Sr. Liniers en uno de los últimos números de la acreditada *Revista de España*, y pudiéramos demostrar que la obra del Sr. Selles es, tratándose del pasado, tan injusta como la del Sr. Liniers tratándose del presente.

Si, como dicen esos apreciables escritores, lo mismo en las generaciones anteriores que en la nuestra, no hubiera habido más móvil que la satisfacción de pasiones, más medios de conseguir las cosas que la cobarda intriga, ó la intervención brutal de la fuerza; si al hombre sólo le alentase el interés y nunca retrocediese ni ante la bajeza que humilla ó el delito que deshonra, triste cosa sería la humanidad y desdichada la vida del que no hiciese alarde de cinismo, profesion del crimen y mérito de procaz audacia y desenfrenada desvergüenza.

Puede decirse que el patriotismo, el desinterés, el respeto á la ley, el culto á la justicia, el buen orden y la recta administración serían aquí lo nuevo y lo exótico. Esto dice el Sr. Selles en el primer capítulo de su erudita obra. Pero puede decirse con justicia? De ninguna manera.

En la nación que apenas ha hecho otra cosa en el largo transcurso de su historia, que luchar por su independencia, amenazada en los antiguos, en los medios y hasta en los modernos tiempos, no es el patriotismo lo desconocido y lo exótico, sino lo vital, lo característico, lo permanente, lo digno. El heroísmo de Numancia y de Sagunto (y no despreciamos, por demasiado conocidos, estos hechos) se repitieron cuando fué necesario en Zaragoza y en Gerona. El esforzado heroísmo de Guzmán el Bueno ha tenido millares de imitaciones en nuestras titánicas luchas. El Cid personifica una raza consagrada por completo á reconquistar el invadido territorio de la patria. Viriatus y Pelayos se encuentran siempre que es necesario en nuestros periodos históricos, y sin éste patriotismo, condición esencial de nuestro carácter, España, teatro de las contiendas de tantos pueblos, y objeto y ambición para tantos conquistadores, sería pobre colonia de poderoso extranjero.

El respeto á la ley y el culto á la justicia! ¿Cómo sin estas condiciones, y nótese que al apreciar los periodos históricos no se deben tomar en cuenta particularidades aisladas sino hechos generales, como, repetimos, sin estas condiciones hubiera podido desaparecer la anarquía legal que la confusión de leyes de vencedores y vencidos, establecía al principio de la dominación de los godos, en que el derecho germanico por un lado y los principios del romano, consigna-

do en el breviario de Aniano, por otro, hacían que rigiesen leyes de castas?

Pues con respeto á la ley y con culto á la justicia desapareció la anarquía, á la aparición del Fuero Juzgo; ese grandioso monumento legal que ha sido considerado por insignes lejislas modernos, entre ellos Montesquieu, como muy adelantado á la civilización de los siglos en que rijeron sus disposiciones.

Sería preciso entrar en prolijo exámen de las actas de los Concilios para ver el culto que en España se ha rendido siempre á la justicia, y demostrar que no sería en estos tiempos nuevo y exótico, como el Sr. Selles supone, el culto á la justicia.

Todas las afirmaciones que este distinguido escritor emplea son más propias de la madura reflexión que el libro exige.

La España goda, que según se desprende de muchas de sus indicaciones es un período de barbarie reducido solo á la lucha intestina y el destronamiento de reyes, es, sin embargo, un período de civilización en España en relación con aquellos tiempos.

Avito, Juan Bidarense, Isidoro de Sevilla, no fueron obispos pendencieros sino que sobresalieron en el cultivo de las lenguas sábias, como Conancio, obispo de Palencia, Braulio de Zaragoza, Eugenio III de Toledo, que abrieron nuevos horizontes á la música, brillando en los mismos siglos que estos poetas como Ceponio, obispo de Galicia, Máximo de Zaragoza, Hildefonso de Toledo, y Valerio abad de San Pedro de Montes; historiadores como el presbítero Pablo Erosio, Pelagio, Juan Bidacense y los anónimos autores de las Eras de los mártires, de las Crónicas de Valsa, y de la Cronología. Las ciencias tuvieron también cultivadores como el geógrafo Castor y el geómetra Luciniano, obispo de Cartagena; las artes se hallaban en el estado que demuestran las coronas góticas encontradas entre las ruinas y las fuentes de Guarrasar; que fueron por desdicha muestra al Museo Arqueológico de Crunyo.

Todo esto prueba que no fueron exclusivamente camorristas los obispos; ni todo político mezquino en los primeros tiempos de nuestra grandiosa historia. Preciso sería escribir un volumen mayor aun que el que ha dado á la prensa el ex-gobernador de León, para rebatir una por una las apreciaciones de su libro. Con esa sutil intención que revela al hábil periodista, se fija en los reinados que más le favorecen para presentar á los reyes dominados por los nobles turbulentos, á éstos y á los pueblos oprimidos y en vilecidos, y casi siempre los caracteres están presentados de un modo que la conveniencia quiere y no con la verdad histórica que la imparcialidad demanda.

Con citar los Fueros municipales de León, de Sepúlveda, de Nájera y de Cuenca, con hacer indicaciones acerca de la historia de los Concejos tantas veces invocados por la democracia moderna, podíamos probar que no anduvo tan aherrado y miserable el pueblo en aquellos tiempos. En cuanto á que los Sancho y los Enrique estuvieron completamente dominados por la turbulenta nobleza de su tiempo, el Sr. Selles, que hubiera podido en esto andar exacto, recarga demasiado el cuadro, sacrificando la verdad á la belleza. No se ha contentado con citar el innegable hecho del patíbulo de Ávila, sino que quiere hacer del energético Sancho IV otra especie de Enrique IV; también el reinado de este último es ciertamente uno de los más tristes de España, el Sr. Selles ha sacado de él la mayor y mejor parte de sus argumentos. Pero aun en este reinado las Cortes generales de Cuéllar, aque-lla brillante expedición á Granada en que pereció el dulcísimo Garcilaso, son rayos de luz que pueden oscurecer las sombras que el Sr. Selles presenta. Si aquella brillante nobleza que llegó á las vegas de Granada hubiera tenido más varonil caudillo, no hubiera habido tanto el libro que nos ocupa del reinado de Enrique IV. Once años y cinco días tenía Enrique III cuando heredó el trono de León y de Castilla; y rasgos de entereza hubiera podido referir el Sr. Selles de este monarca si no hubiera convenido más á su propósito citar anécdotas como las del gaban de todo punto históricas.

Citaremos un ejemplo como prueba de la parcialidad del autor de la obra que nos ocupa. Dice refiriéndose á Sancho IV, á quien nos quiere presentar como debí juguete de D. Lope de Haro.

Y como harto ya de las demasiadas del súbito el Rey mandara prenderlo, arrojóse Haro sobre el cuchillo sacado y la mano alta, como dice la Crónica, con propósito de matarlo, y así lo hiciera á no impedirlo las gentes del Rey. Veamos ahora cómo refiere la Crónica invocada por el Sr. Selles ese pasaje: Después de narrar cómo Don Sancho IV convocó Cortes en Alfaro, á las que acudieron como súbditos el infante D. Juan y D. Lope de Haro, cuenta que había empezado la discusión, y el Rey salió de la sala volviendo al poco tiempo: «¿Habeis ya acordado?» preguntó á los nobles. Entrad, Señor, y decidlois hembras. Ahora lo acordáis, pues yo con otro acuerdo vengo; es que vos ambos finquéis aquí conmigo hasta que me dedes mis castillos. ¡Presos nosotros! A mí los míos,—gritó don Lope, desenvainando la espada; pero un ríco mandoble le cortó la mano, y un ríco golpe de maza le dejó tendido. En cuanto al infante tuvo buscar amparo en la cámara de la Reina. No se ve á primera vista la diferencia entre el rey débil, presentado por el Sr. Selles, y el rey enérgico, de la Crónica; pues con parecido respeto ha tratado siempre á la historia. Cada uno de los notables capítulos titulados *Del amor de la mujer como procedimiento político*, *Los tres brazos del reino*, *Clero*, *Nobleza y Pueblo*, y *Dios, Patria y Rey*, exigen, para juzgarlos con acierto, un extenso artículo, y nosotros no tenemos espacio ni fuerzas para tan gran tarea. Quizá sirvan nuestras modestas indicaciones para hacer que esta empresa se acometa por otros más doctos, pues libros como el que nos ocupa no deben pasar nunca desapercibidos. El estilo que en él domina (ya lo hemos dicho varias veces), es puro, brillante, castizo y propio para vestir las novelescas anécdotas que constituyen el fondo de la obra. Si la historia patria no fuera más que lo que el Sr. Selles ha recopilado en su libro, tuviéramos por baldón y no por honra, y nos enrojaríamos de vergüenza su recuerdo, en vez de henchirnos de noble orgullo. Pero el antiguo redactor de *El Universal*, el ex-gobernador radical de León, no ha olvidado ni por un momento sus ideas políticas ni sus aficiones de periodista de oposición, y ha tratado á la historia patria como á gobierno enemigo, exajerando sus desdichas, y formando un ramo con desventuras que no son en modo alguno los hechos culminantes de nuestra magnífica é incomparable historia.

TEATROS.

NUESTROS SOLDADOS EN LA CAMPAÑA.

TEATRO DE LA CRUZ.

Rotas están las hostilidades: los preparativos de guerra se anuncian en exuberantes é inarrazcables carteles, y todo son promesas para el público que, anhelante de presenciar novedades, acude presuroso á Contaduría á renovar el abono y encargar billetes para la primera representación.

La campaña prométese estar animada. Los nombres de poetas y prosistas eminentes corren de boca en boca; ya hay uno que nos recita parlamentos de un drama de Echegaray; ya hay otro que nos hace desternillar de risa con algún chiste de Ramos Carrión, de Blasco ó de Pina; todos son á preguntar cuál obra irá antes ó después, cuál noche será la del estreno, cuál se llevará el dinero de Pascuas ganancia segura; y llueven las suposiciones y cabalas, y nada se sabe de seguro, y el pobre resistero anda á caza de noticias de calle en calle, y de café en café como caballo de simón ó equipaje perdido.

Empero antes de que comience el combate dirijamos una mirada pasemos revista á los soldados que han de luchar en tan cruda pelea toro el invierno. Con gruesos y abultados caracteres se han presentado en Madrid los nombres de todos ellos. El rojo, el azul, el oro han enriquecido la galanura del cartel y halagado la imaginación del lector, que tras un nombre escrito con tan bellos colores, no se figura nada malo.

Por su antigüedad, por su importancia, por su carácter municipal, por las dimensiones de su anuncio y, lo mejor de todo, por Elisa Boldun y Antonio Vico, el teatro Español es el primero que se presenta en el campo de maniobras.

El juez de su causa colocó hace años á la señora Rita Boldun á la altura de las primeras actrices, y ella, con su estudio y su talento, se ha con-

quistado una corona inmarcesible. Censurada ácremente por los críticos, respecto de algún que otro ademán descompuesto que emplea el público de Madrid se ha colocado siempre de parte de la actriz, y de quien que se presenta la recibe siempre con cariño y alegría.

Antonio Vico la acompaña. Este actor tiene grandes facultades, pero, por desgracia, nubes, muchas veces no las quiere aprovechar. La voz de Vico es monótona; modula poco, y dice los versos con una naturalidad que parecen prosa, arrebatándole el encanto que han de producir en el oído. En la calle su fisonomía es franca y expresiva; en las tablas es triste y sombría: su mirada taciturna. No obstante, Vico es un actor en toda la extensión de la palabra. En la pasada temporada, cuando hizo en Apolo *Bruno el tejedor*, todos á porfía le aplaudimos su manera de interpretar este difícil papel, y yo no puedo hacer de él otro elogio sino decir que salió con el triste de la función, porque me recordaba á D. Julian Romea. Vico ha trabajado mucho en provincias, y hoy sale á las tablas sin fe, sin entusiasmo, agobiado por el continuo estudio y el penoso trabajo.

El segundo galán es Cepillo; triste también y taciturno en escena. Dice el verso con naturalidad y belleza, y acciona con desembarazados ademanes. No es un actor adocenado, no es un actor que sacrifica el arte y la verdad por arrancar un aplauso, no; Cepillo busca que le aplauda el público en su conciencia. Es monótono como el primero, frío en su manera de sentir, y parece que trabaja siempre de mala gana y á la fuerza. Entra en escena como un *traidor*, aunque tenga que hacer el papel del mismo San Lorenzo, que, á creer lo que el vulgo dice, no pudo darse hombre de más pacienzudo carácter.

Años há que conocemos al que hace de *varia* en la compañía, é inútil será el que procuremos demostrar al lector lo que tan sabido tiene: la conciencia con que Oltra estudia sus papeles, la propiedad de su traje, la sencillez de su acción, cosas son ya proverbiales, y no hay uno que no haya visto con agrado su nombre entre la lista de actores. Oltra tiene en su abono, y muchos le admiran, una envidiable naturalidad para mover y variar de postura el pie y la pierna durante la representación, dando á su figura las proporciones de un correcto dibujo sin caer en lo ridículo. Y téngase entendido que esto no es tan fácil como á primera vista parece. La representación dramática es una serie continuada de cuadros, y en todos y cada uno de los momentos que esta dura, actrices y actores han de tener presente que un pie movido violentamente, un brazo sacudido al aire, un giro de cabeza imprevisto, descomponen el efecto tratándose del drama, que por sus condiciones especiales requiera, amén de la naturalidad, la belleza. Y no siempre lo natural, lo real, es perfectamente bello en el teatro. Si en ciertas situaciones hiciésemos parar la acción y el habla de algunos actores, con un golpe de campana de magia, presentarían el efecto más grotesco. El actor de que nos ocupamos tiene un señalado defecto, y es el de que, lo mismo en *Una noche en Burgo* que en el *Walton de Un drama nuevo*, siempre es D. Francisco Oltra.

Auxiliada la compañía por la Sra. Fenouille, por Julian Romea, Antonio Riquelme y otros actores, se resiente de la falta de un primer gracioso.

Mariano Fernandez, que solo y abandonado en el Circo se dedica á las comedias de magia, tiene su puesto marcado ya en el teatro Español, el teatro de las tradiciones, como con mucho acierto le llama D. Manuel Catalina. ¿Quién no se ríe con Mariano Fernandez? ¿Quién no le matado sus penas viéndole representar con su gracia sin igual y su envidiable donaire? Mucho le deben los que como yo viven constantemente en Madrid. ¿Cuántas veces hemos entrado en el teatro agobiados bajo el peso de un mal, de una desgracia, de las contrariedades de la suerte, del aburrimiento siquiera, y Mariano Fernandez ha hecho asomar la risa á nuestros labios, y ha hecho desaparecer de nuestra mente la tristeza y la pesadumbre y por un momento se han olvidado las desventuras de la vida. ¿Cómo conoce el teatro? ¿Cómo conoce al público? Le lleva como á un niño por la senda que quiere, según es su antojo y voluntad. Los *graciosos* de las comedias de capa y espada tienen en él un intérprete, que á no ser el renombrado Juan Rana, no ha existido quien más se aproximase á la ideal.

Pasemos á la Comedia.

Emilio Mario se ha conquistado el nombre que

lleva en Madrid, en el teatro de Variedades, cuando trabajaba en compañía de Julian Romea, ¡pobre D. Julian! y de la encantadora Carmen Berobianco. Allí nos acostumbramos á él, á su metal de voz, que es desagradable, y á su gracia, que es especial suya, y no la ha tomado de nadie. Por su apellido, por su figura, por su buena fe para el estudio, se hizo simpático Mario al público de la corte, y esta simpatía de que tan claras y ostensibles pruebas se le han dado, crece de temporada en temporada. Los defectos de Mario, que si los tiene y él lo sabe, llevan en sí gracia, llevan en sí eso que llamamos *bueno sombra*. Zamacois, el delicioso Ricardo Zamacois, no tiene en su escuela tan marcado el sello de la originalidad. Su mérito es imitar. Antonio Zamora, el director del teatro donde actúa, Arjona, Pedro Delgado, todos, absolutamente todos los actores españoles se reflejan en Ricardo Zamacois como en un espejo. Pero lo peor del caso estriba en que muchas veces los imita sin voluntad propia, á pesar suyo, y hasta sin saber que lo hace. Efecto fatal de su genio, que no hay duda le tiene, y de prodigiosa propiedad. Balbina Valverde es una necesidad en el teatro de la Comedia, y Mario, comprendiéndolo así, la conserva en la presente temporada. La Valverde es el extremo opuesto de Zamacois: no imita, no puede imitar á nadie; es ella siempre. Quién sabe si esto vendrá á constituir su único defecto. Las actrices y actores que les acompañan secundan sus propósitos airoosamente, pero no forman entre todos un cuadro completo.

Hoy (siempre ha pasado lo mismo) se atiende más al negocio que al arte, y por eso las compañías se forman bajo la presión del primer punto. Comedia en que trabajan juntos Mario, Zamacois y la Valverde, ha de tener éxito seguro; y si ellos no la salvan, bien pueden apostar á que no hay actores en la tierra que la saquen adelante. Lo propio sucede en el Circo, y en el Español no hay que decir otra cosa que Elisa, Vico, Cepillo y Oltra son bastantes para dar un lleno al empresario. Esto es lo que se busca, y no hay necesidad de completar las compañías.

That is the question. ¿En un mundo como este, ¿tenemos, pues, buenos actores en nuestros teatros, pero no tenemos una buena compañía? Allí donde hay un primer galán, falta un gracioso acreditado: donde está el gracioso falta el galán, de forma que examinadas las listas que los carteles nos ponen delante de los ojos, podemos repetir la tan conocida frase de: *poca lana y tendida en zarzas*. ¿Tenemos ahora pasar revista, aunque sea sucintamente, á los autores; pero esto, como decía Cervantes, capítulo por sí merece, y queda aplazado para el próximo número.

Carlos Cambronero.

PÁRRAFOS SUELTOS.

De *Madrid al cielo*, dice un antiguo refrán, que yo, aunque soy aficionado á la villa del Manzanares (y no digo del oso y del madroño porque lo repite Escribá en todas las páginas de sus catecismos por entregas) le he tenido siempre por tan exagerado como cartel de teatro; cuando dice *extraordinariamente aplaudida* al hablar de una obra de Larra, ó *original* al anunciar las de Pina.

Pero, francamente, cuando la noche de la inauguración del teatro de la Comedia vi aquella sala profusamente alumbrada por millares de luces que se reflejaban en las doradas molduras y hacían resaltar más los calados arabescos, cuando contemplé aquellos palcos, en cuya atrevida barandilla apoyaban su brazo medio desnudo, y en cuyo fondo se agrupaban, coronadas de flores, las encantadoras cabezas rubias como las de las heroínas de las baladas alemanas, ó de incitante pelo negro, como los tipos de las acuarelas de Fortuny, de esa preciosa porción de mujeres conocidas que suele reunir la moda en un mismo sitio, y luego, cuando levantaron aquella cortina que ostenta los retratos de glorias nacionales, y actrices como la Valverde y actores como Mario recitaron los versos del Plauto de nuestro siglo, del inolvidable Breton de los Herreros, repeti con tanto entusiasmo como el poeta novel ó el político en ciernes que sueña, allá en su aldea, con los triunfos de la corte, tienen razón los que dicen, *De Madrid al cielo*.

La antitesis es el eje del mundo ha dicho Víctor Hugo, y la antitesis se presenta á cada momento á nuestro paso.

Hace pocos días, anteayer, si no estoy equivocado, los médicos más célebres se reunían en torno de magnífico lecho en el que abatido enfermo luchaba con la muerte.

Los recursos de la ciencia, el talento de los sabios profesores, todo se puso en juego para salvar aquella vida que el enfermo quería conservar á toda costa; porque había llegado á realizar su ideal y el mundo le ofrecía delicias sin cuento. Pero todo fué inútil; la hora había llegado y el último suspiro del enfermo se perdió en los ricos arcones de la opulenta estancia.

A la misma hora, sobre poco más ó menos, otro hombre, joven todavía, lleno de fuerza, de vigor, de vida, se sentaba al lado del estanque del Retiro, y apoyando el cañon de una pistola en su frente disparaba un tiro y caía bañado en su propia sangre.

El uno era el opulento banquero Indo.

El otro el suicida cuyo cadáver estuvo ayer en el Hospital general.

Bueno estaría el diálogo que entablaron las dos salmas al emprender el viaje á la eternidad si se acordaban de este mundo.

Indo había llegado á ser una celebridad por lo mismo que el judío Roschild ha llegado á baron, á caballero de la católica orden de San Gregorio, á amigo cariñoso del Padre común de los fieles y de todos los monarcas y príncipes cristianos; por su perseverancia, por su trabajo, por su actividad, y por último, por su dinero.

Y que no me digan los detractores de los modernos tiempos que esto de considerar al dinero es un achaque del positivismo de estas edades que atravesamos.

Creo ha merecido los honores de la popularidad histórica solo por sus riquezas; porque lo que es como rey de Lidia se distinguió muy poco S. M.

En los tiempos caballerescos en que en tanto se tenía la pureza de la sangre (no se había descubierto aun el aceite de higado de bacalao, ferruginoso) era muy apreciado de cualquier infanzon el más perro judío, con tal de que tuviese buenas doblas, y seguro estoy de que si en tiempo de D. Pedro el I hubiera existido la *Correspondencia*, no le hubiera faltado al buen Levy un Peris Mencheta que diese cuenta exacta de sus más pequeños viajes, y aun de sus más insignificantes estornudos.

Brillante era el aspecto que presentaba la Zarzuela anoche! Mujeres hermosas, hombres notables, luces, flores, lujo, todo lo que se acostumbra en una gran fiesta.

Se representaron *Los Comediantes de Antonio*; ¡Cuántos vacíos! Faltaba Castilla que creó, digámoslo así, el papel de Juan Rana; haciendo simpáticos al público hasta sus defectos, y sobre

todo faltaba aquella inimitable Arsenia Velasco, que ha sido el último astro de la moribunda zarzuela.

Uno de los espectáculos más animados en Madrid durante la última semana, ha sido el Circo de Price.

El viernes ofrecía un aspecto encantador aquella especie de tienda de campaña.

A este Circo le sucede lo que á los turcos: se anima cuando va á morir.

Estoy entusiasmado con la noticia de que van á canonizar á Cristóbal Colon, y lo estoy por varias razones: una de ellas, porque una vez tanto el descubridor del Nuevo Mundo, no faltará algun cura que coloque su imagen en un altar, y de este modo tendremos en España alguna estatua, aunque sea mala, del insigne genovés; y otra, porque una vez con posición oficial en el cielo el que llevó nuestras caravanas á América, quizá pueda hacer algo para arreglar la cuestión de Cuba.

Una duda me ocurre, que no sé si resolverá la curia Romana. ¿Después que Colon sea santo, se necesitará Bula para matar los toros del duque su descendiente?

CHARADA.

Una dos tres cuatro guardo
de ti siempre con dolor;
pues te cuarta prima tanto,
que dos tres cuatro de amor.
Hecho un primera segunda,
tercia prima una canción,
Deja que prima tres cuatro
de mi insensata pasión.

J. L. de C.

Solucion á la anterior: EVA.

ADVERTENCIAS.

Rogamos á nuestros suscritores que no hayan recibido el primer número del periódico, se sirvan reclamarlo por escrito á la Administración, Lavapiés, 11.

Los señores autores y editores que deseen insertarnos el anuncio de sus obras, se servirán mandar dos ejemplares de ellas á nuestras oficinas.

MADRID: 1876. — ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, dirigido por J. G. Conde, Caños, 1.

MADRID LITERARIO.

PERIÓDICO SEMANAL.

Insertará artículos de ciencias, historia, literatura, filosofía y artes. Interesantes correspondencias. Revistas de salones, teatros y bibliográficas. Novelas. Biografías de hombres célebres contemporáneos; charadas; y cuanto pueda dar amenidad á este género de publicaciones.

PRECIOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid, un mes.....	1 real.	Número suelto.....	2 cuartos.
Provincias, trimestre.....	5 "	atrasado.....	1 real.
Ultramar y extranjero, semestre.....	40 "	25.....	4 "

AN UNCIOS, á precios convencionales.

Se suscribe en la Administración, Lavapiés, núm. 11.